

La pintura de taracea

Francisco García Salinas.

Es difícil hablar de un procedimiento nuevo, si es que en materia de arte existe, lo que ocurre es que no se practica.

¿Difícil? ¿Entretanido? Tal vez lo último, y contribuye también a su olvido la necesidad del pintor y el artesano, el artista y el ebanista, y en el caso que nos ocupa se da esta dualidad en la misma persona.

Hay que pintar el cuadro-boceto y después se ejecuta combinando las maderas e incrustándolas. En las maderas existen todas las escalas de colores, consiguiéndose conjuntos amables, sin estridencias.



Cajal. (foto Muñoz.)

En la época de los Luises, en Francia en los muebles admirables que nos legaron aquellos prodigiosos ebanistas, que se conservan en museos y palacios con tanto cariño como las obras maestras de las artes plásticas, figuran elementos decorativos de taracea, cuyos asuntos son alegorías, paisajes e incluso retratos, cuyos materiales son maderas, asociándose en menos proporción marfil, metales, concha, nácar, etc. Y el señor García Salinas se ha inspirado en aquellos maestros admirables, que no menos admiración merecen los monarcas y cortesanos que con su protección decidida contribuyeron a que no se perdiera aquella rama tan destacada de la artesanía.

Sainz de la Maza.
(foto Muñoz)

Creemos que el señor García Salinas debía acometer obras de más envergadura y más continuamente, para dar a conocer arte de tanta belleza, en vez de contentarse con el título de aficionado.

Por nuestra parte nos resta decir que nos admiran estos trabajos escondidos en un pueblo. Y nos atrevemos a indicar que este arte se debía enseñar en las escuelas de Artes y Oficios, para darle impulso y que no se pierda, como ocurre con la cerámica, que debido a su enseñanza, se conservan y perfeccionan las experiencias de innumerables ceramistas.

Mi padre (foto Muñoz)

